



VICTORIA GRONDIN

# *Diferente*

Traducción de Argelia Perazzo Olmos



# Prólogo

A quienquiera que se encuentre con estas páginas, le recomiendo que no las lea. Puede intentarlo; no me comprenderá, de todas maneras. Nadie me comprende. Un día creí lo contrario, pero me equivoqué.

# 1

## *La teoría de la mente*

Cuando empieza a sonar mi reloj de pulsera, a las 7 de la mañana, salgo a duras penas de mi cama. Deambulo medio dormido hasta la pizarra, en la entrada de mi cuarto, donde miro los pictogramas\* que indican mi programa del día. Lo hago más por costumbre que por necesidad real, pues me sé de memoria el transcurso de los

\* En los tratamientos para personas con autismo suele implementarse el uso de pictogramas como una herramienta de comunicación y organización. En este caso, los pictogramas son signos y/o gráficos esquemáticos destinados a informar y señalar. (Nota de la edición).

acontecimientos. Este viernes va a ser como todos los otros. Sin sorpresas.

Poniendo atención en no hacer ruido para no inquietar a William, me visto con mi ropa de los viernes. Siete conjuntos de ropa para los siete días de la semana es lo suficientemente regular. Le ahorra a uno romperse la cabeza. Si uno de nuestros conjuntos ya no está en condiciones, tenemos una semana para reemplazarlo, lo que es más que suficiente. Cuando yo tenía 9 años, a un chico llamado Duncan se le había roto su ropa de los martes y se dio cuenta esa misma mañana. Tuvo que ir a la escuela con la del miércoles. Toda su clase se quedó perpleja; varios alumnos ya no sabían si era martes o miércoles. Un verdadero caos.

Ya vestido, me dirijo al baño, siguiendo al pie de la letra mis pictogramas. Son las 7:10, la hora de darle tres cepilladas hacia atrás a mi melena rebelde. Luego me lavo los dientes durante 120 segundos y bajo para desayunar. Cuando entro en la cocina, mi madre observa brevemente mi muñeca, luego regresa a su periódico, sin emitir comentario.

—Me voy a poner las pulseras antes de salir a tomar el micro de las 7:41. Si no sirven para nada, no las uso —digo, gruñendo.

Ella deja su diario, analiza en silencio lo que acabo de decir, luego replica:

—Tienes que tenerlas puestas en todo momento. Que seas 5V no significa que no sirvan para nada.

*Sirven solamente para recordármelo...*

Todo el mundo lleva en el brazo izquierdo cinco pulseras de acero inoxidable, una para cada sentido. Son códigos que definen las especificidades de cada individuo. Por ejemplo, mi madre no puede tolerar el ruido del trueno. Su pulsera del oído es, por lo tanto, roja. Por el contrario, su visión es perfecta, entonces su pulsera de la vista es verde. Si tiene una crisis en el medio de un centro comercial, la gente no tiene más que mirar sus pulseras para comprender que el sonido es demasiado fuerte y que la altera.

La última vez que le pasó, unos desconocidos pudieron prestarle unos auriculares para tapar el ruido de la lluvia torrencial hasta que se calmara completamente. Sin las pulseras, sería más difícil identificar el problema y su solución cuando alguien está en estado de crisis.

En general, todo el mundo posee entre una y cinco pulseras rojas. Nos las dan el día siguiente al Test, luego de algunos exámenes médicos. En general.

Yo tengo cinco pulseras verdes. Es el único signo fí-

sico que muestra que soy discapacitado. Odio usarlas. Cuando la gente las ve, ya sé que van a desviar la mirada, demasiado perturbados por esta irregularidad como para querer permanecer cerca de mí. No tengo ninguna particularidad sensorial; no es un defecto, es el primer signo de que soy diferente. El primero en una lista demasiado larga.

Una vez terminado mi desayuno, lavo meticulosamente la vajilla en la pileta. Después vuelvo a subir a mi cuarto a buscar mi bolso para meter dentro mi tableta electrónica, la herramienta más preciada del mundo, según algunos.

Desde hace tres años, el gobierno otorga una subvención a cada ciudadano para que tenga una. La tableta electrónica cuenta con una aplicación esencial, «La guía de problemas y soluciones» o «GPS». Cuando uno abre esta aplicación, se muestran miles de problemas, que van desde «Perdí mi bolso en el subte» hasta «Mi gato decidió volverse kamikaze y arremete a toda velocidad contra el Congreso». Basta con seleccionar uno, apretar el botón «Enter» y aparece en la pantalla el protocolo apropiado.

Antes el GPS estaba contenido en su totalidad en un solo libro. Imposible de transportar o incluso de consultar. El índice solo ocupaba 50 páginas. Ahora todo es

más simple, más liviano, más productivo. Es una nueva era de eficacia.

A las 7:41, me pongo mi buzo de los viernes, mi abrigo y mis cinco pulseras, luego salgo de casa y enseguida tomo el micro. Siempre pongo mucha atención en ser perfectamente puntual, solo para hacer como si fuese normal. Según la doctora Kessy Grandin, a la que desde hace mucho llamo por su nombre de pila, no considero que llegar tarde unos minutos implique un problema. Es completamente cierto; un minuto más o menos no me parece el fin del universo.

Kessy ya me ha dicho que, en realidad, el tiempo es una estructura inflexible que debe ser respetada aún más que los templos más sagrados. Por esta razón uso siempre un reloj en el brazo derecho, puesto en hora hasta la milésima de segundo. Para hacer como todo el mundo.

En el micro, me instalo atrás, a la izquierda, mi lugar habitual. Observo, afuera, la nieve que cae en copos húmedos y se funde antes incluso de tocar el suelo. Nadie viene a saludarme, nadie me mira. Le pregunto a Maverick cómo está. Sentado en el asiento de al lado, se limita a responderme «Bien» y sigue dibujando sus diagramas en su cuaderno.

Como todos los días, me quedo esperando que me



devuelva la pregunta y, como siempre, no lo hace. Otra prueba de mi discapacidad. De hecho, le hice una pregunta a la cual él respondió. No puedo condenarlo porque no le interese mi estado de ánimo. Es bastante común.

Cuando tenía 7 años, Kessy llevó a cabo un experimento con mi hermano William, con mi padre y conmigo, con el objetivo de explicarme un poco más claramente mi diferencia. Los hizo salir de su oficina y me pidió que me sentara sobre la alfombra. Luego de que yo lo hiciera, me mostró una caja de Smarties. Dentro había algo extraño.

—¿Qué hay dentro de la caja? —me preguntó, abriéndola para que yo me fijara.

Tuve que entrecerrar los ojos para ver bien.

—Guijarros —comprobé, decepcionado de que no fueran Smarties.

—Para ti, ¿la caja parece contener guijarros o confites?

—Guijarros.

—¿Qué hay escondido verdaderamente en la caja, guijarros o confites?

—¡Guijarros!

Me irritó un poco. Este interrogatorio rozaba lo ridículo. ¡Yo solo quería los chocolates!

—Cuando te mostré la caja por primera vez, antes de

mirar el interior, ¿qué creías que había dentro? ¿Guijarros o confites?

—Smarties —respondí.

Kessy cerró el paquete.

—No le hemos mostrado a tu papá lo que hay escondido en la caja. Si uno se la presentara cerrada de esta manera, ¿qué pensaría que hay escondido dentro, a tu parecer? ¿Guijarros o confites?

Volví los ojos hacia la puerta.

—Smarties.

—Perfecto —concluyó, sonriendo—. Ahora quiero que te escondas debajo de mi escritorio y que escuches lo que tu hermano William va a responder.

De repente sentí mucha curiosidad. Me precipité debajo del mueble de madera barnizada y plegué las piernas contra el cuerpo.

Ella hizo entrar a mi hermano a la habitación y volvió a comenzar el interrogatorio, sin cambiar ni una pregunta. William farfulló un poco, pero respondió lo mismo que yo. Oí que Kessy cerraba el paquete, manifiestamente satisfecha.

—No le hemos mostrado a tu papá lo que hay escondido en la caja. Si uno se la presentara cerrada de esta manera, ¿pensará que va a encontrar guijarros o confites en su interior?

—¡Guijarros!

*¿Qué?*

—Gracias, William —finalizó ella—. Vuelve a sentarte en la sala con tu papá. Guillaume va a ir con ustedes en 12 minutos.

Apenas se cerró la puerta salí de mi escondite y me apresuré a retomar mi lugar frente a Kessy. Ella depositó la caja entre los dos. La tomé con mis manos y contemplé los guijarros en el interior.

—¿Has visto la diferencia?

Reflexioné algunos segundos antes de formular mi respuesta.

—William dice que papá pensaría que hay guijarros en la caja de Smarties.

—Exactamente —confirmó ella, siempre sonriendo—. Tu hermano, como la mayoría de las personas, no comprende la noción de «falsa creencia». Por reflejo, está persuadido de que todo el mundo piensa como él. Desde que supo que la caja contenía guijarros, se dijo que absolutamente todo el mundo lo sabía, incluido tu padre.

—¡Pero no es cierto! Papá no puede saberlo, ¡no vio el interior de la caja!

—Tienes razón —me concedió—. Tomemos otra situación. Si te pregunto cómo te va, me vas a responder

que te va bien. Tú, a diferencia de los otros niños, me vas a devolver la pregunta. Tú sabes que yo soy otra persona. Sabes que no pienso como tú, que no reacciono como tú. Eres consciente de que me podría ir mal.

—¿Entonces?

—Por el contrario, William no tiene la misma percepción que tú. Si le va bien, a todo el mundo le va bien. En lugar de haber un universo compuesto de miles de individuos que piensan de manera diferente, hay un universo compuesto de miles de individuos con la misma percepción de las cosas.

Con mis 7 años, tuve necesidad de un minuto para comprender lo que Kessy acababa de explicarme.

—En definitiva, ¿quiere decir que estoy loco?

—De ninguna manera, Guillaume. Ves el mundo de manera diferente, es todo. Son pocos los que toman conciencia, al crecer, de que las personas pueden tener una falsa representación de la realidad y, en consecuencia, que tendrán un comportamiento acorde con ella. Habitualmente, se requieren años y años. Incluso, algunos pasarán toda su vida sin saberlo.

—¿Hay un nombre para eso? ¿La idea de la falsa representación de las cosas?

—Teoría de la mente —susurró.